

GALERÍA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

DON JUAN DE LEIVA Y DE LA CERDA,

Marqués de Leiva y de Ladrada, conde de Baños. Vigésimo tercer virey de la Nueva-España. De 1660 á 1664.



1660.

suceder al duque de Alburquerque entró en México D. Juan de Leiva y de la Cerda, el 16 de setiembre con las mejores miras de engrandecer la colonia que se ponía á su cargo. Desde luego dictó sabias providencias para llevar al cabo la pacificación de los tarahumaros que aun continuaban insurreccionados causando desastres en la parte del Nuevo México, y mandó llevar adelante la colonización ordenada por su antecesor en la misma provincia donde consiguió se formasen en poco tiempo veinte y cuatro pueblos. Entretanto en la capital se hacían grandes reparos á la obra del desagüe confiada á la actividad de los religiosos franciscanos, bajo cuya dirección se concluyeron dos arcos bastante famosos que honraron á la memoria de sus autores prestaban seguridad á los mexicanos alzando mas el canal.

1661.—1662.—El trato cruel y despótico que recibían los indios originaba de cuando en cuando, que á pesar de la abyección completa á que se hallaban reducidos y de lo muy degradados que estaban, se movían por fin con la esperanza, si no de conquistar su independencia, de alcanzar por lo menos su libertad. Esto pues puso á los de Tehuantepec en movimiento, de modo que no quedó una sola población de las mas insignificantes que no se hubiera puesto sobre las armas. Déjase bien entender lo que esto desazonó al gobierno que disponía y aprestaba gente que marchara á aquella provincia, cuando llegó la nueva que todo había cesado felizmente, y fué que el re-

verendo obispo mexicano D. Alonso de Cuevas y Dávalos, prelado de la iglesia de Antequera, luego que tuvo noticia del levantamiento, animado de un vivísimo deseo del bien de los pueblos y del amor de la humanidad, con la mayor celeridad en muy pocos dias habló con los rebeldes y los hizo volver al orden, cuya oficiosidad le premió el soberano con la mitra de México renunciada que fué en el año de 64 por el Sr. Osorio Escobar.

1663.—1664.—Para continuar perfeccionando la obra del desagüe, siempre confiada á los franciscanos, se destinaron cien mil pesos de los fondos municipales. La obra en efecto se seguía, y como antes le eran perjudiciales las lluvias recias y continuadas, ahora era, por el contrario, cuando se adelantaba mucho porque se llevaban las piedras que la cubrían, y como quiera que estos años no escasearan, se alcanzaron muchos y muy grandes adelantos.

Por qué en los países mas ricos y fértiles de la Nueva España no se lograra fácilmente la colonización, cosa es bien facil de explicar si se considera su distancia, y que cuando en lugares menos remotos se lograban bienes, no parecía *cordura* arriesgarlos por otros desconocidos. De aqui que las Californias á pesar de su fertilidad y de sus perlas en abundancia por mas expediciones que allá fueron ninguna llegó á establecerse. En los años corrientes hizo pleito homenaje D. Bernardo Bernal Piñaredo, para la colonización de las Californias, diólas la vuelta, recogió algun dinero con la pezza, causó muchas vejaciones á los vecinos y moradores, intentó en diversos puntos establecer presidios, y al fin sin cosa de provecho



D. JUAN DE LEIVA Y DE LA CERDA.
(23 Virey de la N. E.)

dió la vuelta á México. Recibiólo muy á mal el conde de Baños y escribió á la corte haciéndole una acusacion formal. Era ya tiempo en que se le relevaba y recomendó el negocio á su sucesor. Fuése pues á España dejando sentimiento en México con su partida y poco sobrevivió á ella, acelerándole la existencia los es-

travios de su hijo D. Pedro, segun Cavo, que se refiere á Velancourt, en el cual solo hallamos que „era (el virey) un hombre devoto á lo sagrado y justo en el gobierno, causaron (parece que le falta un *le*) algunas angustias y las mocedades de D. Pedro (su hijo mayor)“.

CARLOS I. SAAVEDRA.

EL LICENCIADO

BARTOLOMÉ CAYRASCO DE FIGUEROA.

Cancion en esdrújulos.

CN tanto que los Arabes
dilatán el estrépto
de su venida con furor armigero,
y los fuertes Alárabes
con ánimo decrepito
quieren mostrar el nuestro afan beligero,
vuelto al caballo aligero
y en la fuente castálida,
donde por vuestros méritos
presentes y pretéritos,
quedando atrás de vuestra ciencia inválida
del árbol odorífero
os coronó el planeta mas lucifero
por términos poltíficos,
que fuesen algo pláticos,
querria tratar en una breve plática
de aquellos parlíticos,
tan pobres, cuan lunáticos,
que tiene el ciego amor en su probática;
y como en cualquier práctica,
y en toda la teórica
vuestra virtud es única
si el hábito y la túnica
no desdena la vuestra á mi relórica,
dad lumbro á mi propósito,
pues que de ella y de mí os doy el depósito.
No es fábula ridícula
la vida de estos zánganos
enamorados, miseros inválidos,
que en medio la canícula
ellos sienten carámbaros,
y en medio del invierno están mas cálidos:
hoy rojos, ayer pálidos:
vista agradable y hórrida

con los pies de pentámetro;
y en un mismo diámetro
están debajo el norte y de la tórrida,
y tienen ya por máxima
ser en virtud corchea, en vicio máxima.

Con un lascivo título,
con un necio preámbulo
mostrando ser filosofo y astrólogo,
escriben su capitulo;
y cerrado en triángulo,
haciendo á la tercera un largo prólogo,
aunque le riña el teólogo,
se lo entrega al etíope
mas negra que seminima
y no vale una mínima
quanto escribe de Apolo y de Caliope;
y vase ella riendoso,
y queda el pobre sátiro muriéndose.

Entre unos verdes árboles
dicen que amor falsífico,
bajando de Teodora á santa Brigida,
fundó de blancos mármoles
de gustoso y pacífico,
una fuente tan cálida y tan frigida,
que no hay alma tan rígida,
que no quede gustándola
con cierto amor ilícito,
ó tacito ó explícito;
y esta fuente que tantos ván buscándola,
es de *bibere et édere*
quia friget venus sine Baco et Cérere.

De aquí la vena esdrújula
nace del pecho hidrópico,
sediento del favor de que es inmérito

y aquel mirar por brújula
como el piloto al trópico,
sin ver tan descubierto su demérito,
y encarecer el mérito
de su fe no evangélica,
con su Belisa dorada,
que en la ribera florida
la vio cantando con beldad angélica,
y tiene una carátula,
que la harán mejor con una espátula.

A la mentira crédulos,
a los peligros fáciles,
á trabajo y virtud flacos y débiles:
al desengaño incrédulos,
á la firmeza frágiles
al fruto del honor, flojos, inmóviles:
al regocijo flébilis,
á su opinión temáticos,
á canto melancólicos,
á Dios no muy católicos,
coléricos al mal, y al bien flemáticos,
son aquestos misérrimos
amantes, y badajos celebérrimos.

De las damas fantásticas,
mas que la caña móviles,
presos de amor en esta red amplifica,
seglares y monásticas
de baja suerte innóviles,
de muy oscura fama y muy clarifica,
que lengua tan magnifica,
dirá los hechos frívolos,

vanidades gentílicas,
pues templos y Basílicas
pretenden como dioses estos ídolos,
Lucrecias y Cleópatras,
que hacen á los necios ser idolátras?

Del sumo Padre ingénito,
que desde el trono altísimo
gobierna el mundo por su beneplácito,
y del verbo unigénito
procede amorosísimo
amor, que siempre ha sido y es parécito,
venga el lamento heráclito,
y la risa demérita:
celebren en diálogo
el misero catálogo
de gente, que aún no quiere ser hipócrita,
pues sirven al malévolo,
y dejan al divino amor benévolo.

Vuestro patron, altífice
de la humildad humilima,
á quien le dió su ser el rey angélico;
y el mio, gran pontífice,
que con llave facilima
al hombre cierra y abre el reino célico,
de este enemigo bélico
defienda vuestras ánimas;
y en este mundo estérico
con ánimo colérico
en la virtud las haga tan magnánimas,
que allá en su tabernáculo
hallen eterno y lúcido habitáculo.

RESPUESTA

DEL LICENCIADO DUEÑAS.

Cancion.

QUA sido vuestra física,
poeta celebérmino,
entre las Musas de este mar Atlántico
tan alta, que la física
del amador misérrimo
ha vuelto su lamento en dulce cántico;
y de aquel Nigromántico,
de tantos necios ídolo,
que con un yelo cálido
el rostro vuelve pálido,
ya condena su efecto por tan frívolo,

que cuanto él es pestífero,
vuestro remedio ha sido salútfiero.

Ni en la Arabia frutífera,
ni en la India riquísima,
ni en escuela poética ó histórica
nació yerba odorífera,
se vio piedra finísima,
se oyó palabra dina de teórica,
que iguale á la retórica,
y á la virtud poética
de verso tan frutífero,

con tal dolor mortífero,
pues tomando la purga el alma ética
de vuestras flores útiles,
las yerbas, piedras, plantas son inútiles.

Con maña y fuerza pública
andaba el ciego indomito
tiranizando esta region marítima,
y en la interior república
volviendo siempre al vómito
con la hermana bastarda la legítima;
pero con vuestra pítima
Insulanos y Vándalos
se han hecho tan magníficos,
que por vivir pacíficos,
destierran de su reino estos escándalos:
que si le muestran ánimo,
es un cobárde amor muy psilánimo.

Con un furor diabólico
pretende este frenético
establecer sus fueros y premáticas;
y al ánimo católico,
le vuelve casi herético,
y las estrellas fijas torna erráticas:
cúbrese con sus prácticas
cual con oro la píldora:
descúbrese la máscara:
y como es todo cáscara,
allí vereis que no hay serpiente ó víbora
entre yerba odorífera,
que derrame ponzoña tan pestífera.

Alguna gente incrédula
en la fe de este artículo,
diciendo que no amar es caso ilícito,
recaudan una cédula,
y tienen por ridículo
el remedio, que te hizo tan solícito:
digen que amor es licito,
y amor discreto y tácito;
y pues á los inhábiles,
los vuelve amor tan hábiles,
que siga cada cual su beneplácito:

que amor nace del ánimo,
y la hace magnífica y magnánima.

Alegan al Buólico,
que hizo á su Amaritida
la selva resonar con dulce cálamio;
y al otro melancólico,
que amaba tanto á Filida,
que la estaba llorando al pié de un álamo;
y al que en dorado tálamo
iba por el Zodíaco,
y al que su fuerza válida
perdió sirviendo á Dálida:
y al que fué causa del estrago Iliaco,
y con las fuerzas de Hércules
las mañas del que dió su nombre al miércoles.

Son de su mal satíricos
y de su bien estériles,
y dan materia al cómico y al trágico:
son bárbaros, líricos,
inútiles y débiles,
y al fin vienen á usar de estilo mágico:
son de ánimo salvágico,
y de lacivo término
los que á vuestros propósitos
quieren mostrarse opósitos;
y llegan los negocios á tal término,
que ya cualquiera picaro
quiere volar, y vuelá mas que Icaro.

Si en las aulas poéticas
y délficos oráculos
de esa ciudad confusa y babilónica:
si en las orillas Béticas,
dó no faltan obstáculos
dijeren que esta lira no es armónica:
y si con frente irónica
plena del ramo adélfico,
si la picaren tábanos,
querria mas dos rábanos,
que siendo vos el mismo Apolo Délfico,
con cánticos benévolos
defendereis mi canto de malévolos.



CONDUCTA DEL REGIMIENTO
DE LAS
GUARDIAS SUIZAS
EN LA JORNADA DEL 10 DE AGOSTO DE 1792
EN PARÍS.

*Juntae Fidei Decus est Praestare Tenentem.
Perpetuam Decus est in Statione Mori.*



Se ha comparado la jornada del 10 de agosto á la batalla de las Thermopylas: los Espartanos peleaban por sus mugeres, por sus hijos, por su gloria, por su patria; los Suizos han peleado por el sentimiento de su deber, por la fe de los juramentos, por el honor de su país, por el de la gloria de sus padres. Los Espartanos y los Suizos sabian que marchaban á una muerte inevitable. Todos se conformaron con intrepidez sin deliberacion y sin queja!

Desde el principio de la revolucion la situacion del regimiento de las Guardias Suizas era muy penosa. Colocado en el centro de la anarquía, las escenas mas terribles se sucedian con rapidez á su rededor. Las jornadas de "Reveillon, Campos-Eliseos," 5 y 6 de octubre, no fueron mas que un preludio muy débil de sucesos aun mas siniestros y mucho mas decisivos. El regimiento rodeado de peligros, rendido de fatigas, desplegó sin embargo, y en todas las circunstancias, un carácter inalterable de intrepidez, de orden y de disciplina: mantuvo en los desórdenes la puntualidad de servicio de los tiempos, de tranquilidad; nada se escusó para corromper á los soldados; ofertas, amenazas, seducciones, el ejemplo de las otras tropas, todo se empleó; nada lo hizo titubear: su fidelidad echó el ancla en medio de la tempestad política que bramaba, viniendo encima de ellos.

Mas las circunstancias de la revolucion se hacian cada dia mas graves; cada dia mayores fatigas para las tropas fieles y todos preveian

una catástrofe inevitable y cercana. Esta consideracion determinó á los oficiales que tenian permiso de pasar su semestre en Suiza á renunciarlo para quedar cerca de la persona del rey y partir la suerte de sus compañeros; pero el rey les mandó positivamente partir y tuvieron que obedecer.

Conforme iba creciendo el peligro y acercándose la crisis, iba pronunciándose mas y mas el carácter de lealtad del Regimiento. Cada uno previó su suerte, mas todos deseaban morir antes que comprometer el honor y la reputacion de los suizos y antes de manchar unas banderas sin mancha hasta entonces!

Llegaban seguido informes sobre las intenciones hostiles de los Marselleses y faltaban municiones! Hacía tiempo que por orden superior los cañones del regimiento habian sido entregados, á pesar de las protestas de la oficialidad. Las amenazas de los federales obligaron á los gefes á consignar á los soldados en sus cuarteles, para evitar disputas que podian tener resultados funestos y dar prestos á los mal intencionados. Los oficiales aprovecharon esta circunstancia para recordarles sus deberes, lo hicieron con confianza y sencillez, les hicieron ver la cercana tempestad, les dijeron que ya habia llegado el momento de dar pruebas palpables de su fidelidad; y nadie titubeó.

El 4 de agosto se mandó al regimiento marchar á París, habiéndose sabido que los federales y los barrios iban á atacar las Tullerías. El regimiento partió en la noche de Courbevoie y Ruelle despues de haber enterrado parte de

las banderas. El cuerpo marchaba con el mayor silencio, con las precauciones necesarias en tiempo de guerra y en país enemigo. Este silencio mismo, un orden admirable, el aspecto firme y frío de los soldados, impusieron sin duda á los facciosos. Todo quedó tranquilo en el palacio y la misma noche volvió el regimiento á sus cuarteles; el dia siguiente se destacaron 300 hombres con destino á la Normandia.

Entre el 4 y 8 de agosto se rompió la fermentacion, hacia las ocho de la noche del 8, el capitán de guardia entregó al mayor una orden en estos términos: „El Sr. coronel dispone que el regimiento llegue á las Tullerías mañana á las tres del dia." Esta orden habia sido transmitida por el comandante general de la guardia nacional de París. Se repartieron los cartuchos, á razon de treinta por cada plaza. Todos marcharon, aun los dispensados; no quedaron en los cuarteles mas que un número pequeño de enfermos y los forragistas. En la garita Maillet, un ordenanza llegado á París, entregó al comandante un „pase" firmado por Pethion.

La noche siguiente (la del 9 al 10 de agosto) los varios puntos del palacio fueron ocupados por la guardia nacional y por los suizos; y se colocó en los patios, en la capilla, la fuerza real. En el patio llamado de los suizos habia 300 de estos en clase de reserva.

Los gendarmes de á pié, con parte de los de á caballo, formaron en el patio; no hallándose bien, formaron en batalla cerca del palacio real, y parte de estos dos cuerpos se echó mas tarde sobre los suizos, cuando estos se retiraron.

A las once de la noche se supo que á media noche tocarian con las campanas, á las armas. Poco despues llegó el decreto del barrio de S. Antonio, que decia: „poner sitio á las Tullerías, matar á todo el mundo, particularmente á los suizos, arrancar al rey su abdicacion y llevarlo con la reina y la familia real á Vincennes, en calidad de rehens por si acaso los estrangeros marcharon sobre París.

A la media noche se oyeron tocar las campanas y la generala. El hógubre sonido de las campanas lejos de influir mal, dió mas valor á los soldados: á las dos de la mañana ya habian llegado cuatro batallones de los barrios á la plaza del Carrousel para ejecutar su horrible proyecto; no aguardaban mas que á sus cómplices. Como á las seis de la mañana, bajo el rey al patio real, teniendo por la mano al Delfin y acompañado de varios gefes Suizos y nacionales. Paso delante de la guardia nacional, luego por el frente de los suizos, los que gri-

taron ¡viva el rey! En este instante entró un batallon armado con picas, gritando ¡viva la nacion! Resultó una discusion muy acalorada, en la que tomaron una parte muy viva los artilleros de la guardia nacional; pero se calmaron, cuando un oficial suizo los persuadió que el rey y la nacion eran uno; el batallon que acababa de entrar salió á unirse con sus compañeros.

Poco despues el general-procurador-sindico, con un miembro del ayuntamiento, ambos con la faja tricolor y un mariscal de campo, visitaron todos los puntos; declararon verbalmente y repitieron la orden ya recibida por escrito, de defender el palacio y de repeler la fuerza con la fuerza; los guardias nacionales cargaron los fusiles y los artilleros sus cañones. A las siete se repitieron las señas de descontento y batallones enteros de guardias nacionales se marcharon: unos para unirse con los facciosos, muchos para sus casas.

Entonces se presentó una diputacion de la guardia nacional, presidida por el procurador y otros para suplicar al rey que estaba para entrar al interior de palacio, á presentarse á la asamblea nacional; un oficial suizo de categoría, viendo como se procuraba arrancar del Rey este paso, exclamó entonces: si el rey va á la asamblea, está perdido!

La reina procuró inútilmente impedir la salida del rey; este se decidió como á las nueve á ir á la asamblea con toda la familia real y algunos gentiles-hombres. Dos batallones de guardias nacionales y las guardias suizas de servicio, con algunos de sus oficiales escoltaron á S. M.

Esta partida fué decisiva para la guardia nacional que ocupaba el interior de las Tullerías y los patios; la mayor parte abandonó á los suizos, unos juntándose con los batallones de los barrios, otros dispersándose; mas no deserta-ron todos, y entre los que quedaron fieles, es preciso mentar á casi todos los granaderos de las hijas de S. Tomas.

El ejército de los barrios comenzó á moverse con sus cañones á la cabeza, y pronto se le vió adelantarse hacia las puertas del palacio. El mariscal de campo de servicio, viéndose casi solo con los suizos, juzgó no poder conservar los patios con tan corto número de gente. Gritó: „Suizos, retiraos al palacio." Fue preciso obedecer, abandonar los patios, dejar seis cañones á la discrecion del enemigo. Se debia preveer que seria preciso recobrarlos, bajo pena de ser quemados en palacio. Todo el mun-

do lo conoció; los soldados rasos lo decían en voz alta; pero el respeto á la disciplina hizo obedecer. Se tomaron todas las disposiciones del caso. Se colocaron soldados en las escaleras y á las ventanas del palacio; el primer peloton ocupó la capilla. El capitán D... halló en la primera pieza frente á la escalera grande, al mariscal M...; este le dijo estar encargado por el rey del mando del palacio, á lo que D... le preguntó: Sr. mariscal, cuáles son vuestras órdenes. No dejarse forzar, replicó el mariscal. D... contestó: se puede estar seguro que así se hará. Fué la única orden dada á los suizos por aquel mariscal. No se les podrá acusar de no haber obedecido á la letra.

Hablando el capitán al mariscal vió por la ventana como el portero del rey abrió la puerta real á los Marselleses; entraron poco á poco alzando sus sombreros y haciendo señas á los suizos de reunirse á ellos. Uno de la gavilla, mas valiente que los otros, se acercó á una ventana y tiró un pistoletazo; un sargento iba á castigar esta provocacion insolente, mas los oficiales le contuvieron, mas esta prueba de moderacion hizo mas insolente al enemigo. Toda la columna enemiga verificó su entrada y colocó sus cañones en bateria; se asesinó á los centinelas suizos al pié de la escalera mayor, y los primeros Marselleses tentaron subir á la capilla, sable en mano. Se baricadó muy de prisa la escalera; un oficial quiso hablar á los Marselleses, pero gritos terribles cubrieron su voz. Sin embargo, los enemigos concierieron la inutilidad de su intento y se retiraron, injuriando con palabras á los suizos.

Como 800 suizos, 200 gentileshombres desarmados, muy pocos granaderos intrépidos y fieles de la guardia nacional todos sin gefe, sin municiones, sin cañones... tal era el estado de las cosas, cuando la accion estaba por empezar, y este puñado de valientes, repartidos en mas de 20 puntos, fué atacado por cerca de 400.000 hombres de un populacho exallado hasta el furor, en posesion de 50 cañones, disponiendo del ayuntamiento de Paris y apoyado por el cuerpo legislativo.

Los de los barrios hicieron una descarga, de la que resultaron heridos varios soldados. Los granaderos de S. Tomas contestaron, luego los suizos tambien. Los marselleses hicieron una descarga general de artillería y de fusil, la que mató á muchos. La accion se hizo general y se decidió en favor de los suizos. El fuego desde las ventanas y el de la reserva causó muchos estragos; en poco tiempo, el enemigo eva-

cuó el patio real, dejando lo lleno de muertos moribundos y heridos.

120 suizos hicieron una salida, cogieron cuatro cañones y se hicieron dueños otra vez de la puerta real. Entretanto pasaron por el Carrusel otro destacamento se apoderó de tres cañones en la puerta de la escuela de equitacion y los condujo hasta el enrejado del palacio; de aqui se fué á unir al primer destacamento-bajo el fuego de la artillería enemiga, la que tiraba á metralla sobre los suizos desde la puerta del patio de la reina.

Los destacamentos reunidos llevaron el espanto y la muerte en medio de los contrarios; el patio real fué cubierto de sus muertos, los suizos les quitaron parte de sus piezas y las conservaron; desgraciadamente no tenian municiones y no pudieron hacer mas que una descarga con los cañones enemigos porque los marselleses se habian llevado en su huida los cartuchos y las mechas; así es que fué imposible á los suizos acallar un fuego de metralla que se le hizo desde una azotea de la sifa enfrente de su cuerpo de guardia y el que dominaba el patio real. Esos soldados admirables por su fidelidad sufrieron un fuego mortífero con la intrepidez y tranquilidad del verdadero valor. Los destacamentos estaban diezmados, mas siempre se volvieron á juntar haciendo esfuerzos prodigiosos. Los suizos quedaron dueños del campo de batalla. Los oficiales y los soldados se engancharon á las piezas cogidas al enemigo y las llevaron; por todas partes se peleaba con igual furor, se rechazaba siempre al enemigo y los marselleses, formando la cabeza de las columnas de ataque tuvieron perdidas inmensas.

Pero los suizos veían con dolor que ya iban escaseando las municiones y que pronto estarían espuestos al fuego enemigo sin poderle contestar.

En este instante crítico, llega sin armas y sin sombrero y en medio de las balas de fusil y de cañon, el Sr. de K...; se le quiere imponer de las disposiciones acabadas de tomar hacia el jardin.

No se trata de eso, dijo, es menester marchar á la asamblea nacional cerca del rey; una voz la del baron de V... teniente general, hermano del mariscal de Francia del mismo apellido, una voz amiga, gritó: Si, valientes suizos, id á salvar al rey; vuestros antepasados lo han hecho mas de una vez.

Se creyó poder ser útil al rey, y esta voz, confirmando esperanzas tan falsas determinó la resolucion.

Fué preciso reunirse; se juntaron los tamborres que no habian muerto ya se mandó tocar asamblea, y á pesar de una lluvia de balas se pudo formar á los soldados como en un dia de parada. Para cubrir la retirada se apuntaron hacia el vestibulo dos de las piezas tomadas al enemigo, las que estaban aun cargadas; se los calcó al lado del enrejado y se dejó á cuatro soldados con orden de pegatles fuego, firando sus fusiles sobre el oido de sus cañones en caso de ser perseguidos. No se pudo ejecutar esta orden literalmente, pero uno de los dos hombres dió fuego muy á propósito á la pieza con su eslabon. Unos soldados ayudados por tres de sus oficiales, colocaron otra pieza bajo el vestibulo.

Se marchó; el por el jardin fué muy mortífero. Fué menester aguantar un fuego muy vivo de cañon y fusil, que partia desde la puerta del puente real, desde el patio de equitacion y de la azotea de los „fenillantes.“ Por fin se llegó á los corredores de la asamblea nacional; el baron de S... llevado por su ardor, entró á la sala del cuerpo legislativo, espada en mano, causando mucho miedo al lado izquierdo de la asamblea; los diputados que la componian gritaron: ¡Los suizos! los suizos! y varios procuraron salvarse por las ventanas.

Un miembro de la asamblea vino á mandar al comandante de los suizos hacerles deponer las armas, á lo que se opuso este; entonces el Sr. D... se adelantó hacia el rey y le dijo: „Señor, quieren que deponga las armas.“ á lo que contestó el rey: „deponedlas entre las manos de la guardia nacional, no quiero que unos valientes como vosotros mueran.“ Un momento despues el rey mandó al Sr. D... una esquila escrita de su puño, y del tenor siguiente: „El rey manda á los suizos deponer sus armas y retirarse á sus cuarteles.“ Esta orden produjo el efecto de un rayo entre esos valientes; gritaron que aun podian defenderse con sus bayonetas, algunos horaban de rabia; sin embargo, en tan horrible alternativa, triunfaron de nuevo la disciplina y la fidelidad; sabian que la orden de deponer las armas los entregaba sin defensa á unos tigres sedientos de su sangre: todos obedecieron!

Fué este el último sacrificio exigido á los Suizos: separaron á los oficiales de los soldados; á estos los llevaron á la Iglesia de los Fenillantes, á aquellos á la sala de los inspectores. Hacia la noche algunas personas generosas procuraron salvar á los nobles restos de la accion del 10 de agosto y dieron á los oficiales trajes para salir sin ser conocidos. Cada uno hizo por si lo que pudo.

El palacio ya no se defendía; los agresores entraron, matando á los heridos y á todos cuantos hallaron perdidos en la inmensidad del edificio. Una parte de los Suizos, la que ocupaba los salones, no habia podido unirse al destacamento que se retiró á la asamblea nacional; bajaron en el instante mismo que los Marselleses entraron á palacio. Habiendo encontrado cargados dos de las tres piezas abandonadas antes, les dieron fuego, lo que les dió campo para efectuar su retirada por el jardin; con ellos estaba un padre capuchino, capellan del regimiento; fué preciso marchar en medio de descargas de artillería y de fusil y quedaron muertos tres oficiales y bastantes soldados. Este corto destacamento se dirigió desde luego hacia la asamblea nacional; lo alejaron con tiros de fusil; dió al puente levadizo: se halló levantado, por fin pudo salir por el jardin del Delfin. Llegados á la playa de Luis XV, los Suizos fueron cargados por los genarmes de á caballo, y casi todos muertos. Poco despues, un sargento con quinientos hombres, se abrió una salida hasta el Vestibulo, á donde halló á los Marselleses, guardando los cañones abandonados; los volvió á tomar, se defendió por algun tiempo y pudo por fin llegar á la asamblea nacional.

Agobiados por el número, cediendo el campo de batalla por unirse al rey, los Suizos no han podido dejar mas trofeos que los cadáveres amontonados de sus enemigos. Pruebas miles de heroísmo y de valor se pierden en la gloria general de esta jornada y no se pueden citar.

De los oficiales, catorce fueron muertos en la jornada y doce asesinados en la Conserjería, así pereció el regimiento de las guardias suizas, á la par de un encino robusto cuya existencia se ha burlado de las tempestades de varios siglos y que solo un temblor pudo echar por tierra!

Para acabar con este cuerpo, honra eterna de la nacion suiza, fué menester ponerle 400.000 hombres y una artillería inmensa!

Si una modestia nacional prohibe á un suizo elogiar la conducta de sus compatriotas de otro modo que por el relato de los hechos, lo será permitido recordar que los Suizos jamas han fallado á si mismos, que han sido tan valientes en la orilla de la Berecina como en Mortgaten ó que sus batallones fueron tan fieles el 20 de marzo como el 10 de agosto.

Si una modestia nacional prohibe á un suizo elogiar la conducta de sus compatriotas de otro modo que por el relato de los hechos, lo será permitido recordar que los Suizos jamas han fallado á si mismos, que han sido tan valientes en la orilla de la Berecina como en Mortgaten ó que sus batallones fueron tan fieles el 20 de marzo como el 10 de agosto.

Ellos bien han merecido el monumento que se ha levantado á estos valientes sobre el suelo helvético:

Per Vitam Fortes.
Sub iniqua Morte Fideles.

EL MONUMENTO.

Bello es guardar la fé que se jurara,
Y antes morir que perjurar cobardes.
Memoria siempre cara,
Augusto monumento
De tantos héroes, de virtudes tantas,
Durad eternamente
Para servir de ejemplo y escarmiento
A la futura edad y á la presente!
Y vosotros, oh! hijos de la Helvecia
Que veis á vuestros padres denodados
Luchar contra la suerte,
Leales en la vida

Y grandes en la muerte,
Venid, jurad al pié de los altares,
Ante la Suiza unida,
Sobre la losa de su tumba helada,
Y sobre su antes fulminante espada
Que hoy en pedazos por el suelo yace,
Nunca olvidar su plácida memoria,
Y esclavos siempre de la fé jurada
Nunca manchar su merecida gloria.
Tal de vuestros abuelos
Fué la primera ley, dignos modelos
En ellos encontrais, su ejemplo noble
Seguid, hijos de Helvecia, y sus virtudes;
Y si algun día, grandes é inmortales
A su lado quereis alzar las frentes,
Cual ellos en la vida, sed leales.

LALLY-TOLLENDAL.

(Traducido para el Liceo)

UN SUEÑO.

¡ALFES recuerdos de pasadas horas;
gratas memorias de mejores días,
venid, como en un tiempo, seductoras,
á renovar las ilusiones mías,
que en estas horas de fugaz reposo,
quiero apurar nuestro licor sabroso.

Venid, venid á interrumpir livianas
las cortas horas de mi triste sueño,
no á perturbar con esperanzas vanas
de nombre y gloria, mi amoroso empeño;
mas á alumbrar con resplandor divino
de mis amores el triunfal camino . . .

Mas ¡sueños son que el corazón lamental
huellas que deja la ilusión pasada,
cual suele atroz la tempestad violenta
en la ancha mies ó en la feraz cañada . . .
Delirios sí, cuyo recuerdo adoro . . .
Ay! ilusiones que perdidas lloro . . . !

Fué un sueño, ¡ya pasó! débil lucero
por un instante iluminó mi vida:
risueña imagen de mi amor primero,
luz de mi corazón, ¿á dó eres ida?
¿por qué en mis horas de dolor impío
te busca en vano el pensamiento mío?

¡Oh! cuantas veces, deslumbrado y ciego
quise tus goces apurar . . . ¡en vano!
que convertido en un licor de fuego
el néctar de tu cáliz soberano,
bien lejos de aplacar mi sed ardiente
quemó mis labios y abrasó mi frente.

Luego te he visto en la region etérea
flotar tranquila sobre el manso viento,
subir, crecer, y cual vision aérea
perderte en el azul del firmamento!
tambien en sueños te alcancé un instante;
pero ¡ay! cegóme tu fulgor brillante.

En sueños, sí, la realidad sombría
se alzó feroz, tras la ilusión soñada,
dejando solo en la memoria mía
su encantadora imagen retratada . . .
sueño fugaz, desapareció, violento
cual humo leve al rebramar del viento . . .

Era una noche del Estío ardiente,
la blanca luna en el zenit lucía,
y el blando soplo del ligero ambiente
embalsamaba cuanto allí mecía,
era un jardín espléndido y ameno,
de grata sombra, y de fragancia lleno.

Sentado allí, sobre su alfombra pura,
gozaba yo de la nocturna calma;
fiado ¡ay triste! en mi falaz ventura,
de penas libre, y de congoja el alma,
y al son suave de mi ardiente lira,
cantos alzaba, que el deleite inspira.

Bella, como es al despuntar el día
la aurora matizada de colores,
allí tambien estabas tú, Maria,
pura, como la brisa entre las flores;
tu cantabas mi amor, yo tu hermosura,
y el céfiro fugaz nuestra ventura.

Con su argentina luz, tu faz hermosa,
bañaba á veces la apacible luna,
y en dulce melodía, vagarosa,
el viento que rizaba la laguna
y el serpeante río entre las flores;
pasaban lentos, suspirando amores.

„Yo te amo,” me decias, „¡cuan mezquino,
es á mis ojos tristes, vida mía,
sin el consuelo de tu amor divino,
cuanto inventó la humana fantasia,
la noche, el aura, el susurrar del río,
fuéranme odiosos sin tu amor, bien mío.

Cuan diferente agora; tu presencia
torna el vergel en dulce paraíso,
rico de flores de amorosa esencia,
al blando goce de mi amor, precioso”
Digistes ¡ay! y en tu delirio bello,
tu ebúrneo brazo circundo mi cuello.

Yo no te hablaba, no; pero en mis ojos
leyendo tu mi amor, puro y ardiente,
en pago de mi afán, tus labios rojos
fierna posaste en mi ardorosa frente.
Cuanto era yo feliz! ¡momentos breves
de inefable placer . . . ¡huyeron leves! . . .

Cesó de pronto, de alumbrar la luna;
cesó el murmullo de las mansas fuentes,
y sobre el fértil prado y la laguna,
espesa lluvia descendió á torrentes . . . !
¡Oh, cuan en breve mi amoroso encanto,
tornóse amargo, en aflicción y llanto . . . !

Bramó feroz la tempestad rugiente,
sonó cercano el estruendoso trueno,
y á su hórrido fragor, violentamente
latió de espanto tu nevado seno.
„¡Huyamos, amor mío!” me dijiste,
y de mis brazos trémula partiste.

Yo te busqué en la obscuridad, Maria,
por largo tiempo . . . te llamaba, en vano
que mas sanada la tormenta impía,
cubrió mis voces, con su estruendo insano;
¡Momentos de inquietud, de horrible espanto,
que aun hoy recuerdo con amargo llanto!

A la luz de un relámpago sombrío,
al fin te divisé por un instante
junto á la margen del crecido río;
partir quise en tu busca, delirante,
pero de un rayo al hórrido estallido,
caí sobre la yerbas sin sentido.

Harto duró mi situación penosa;
que ya al volver de mi fatal desmayo
alumbraba otra vez la selva hojosa,
de excelsa luna el amarillo rayo:
mas no como antes, con su luz radiosa
apacible bañó tu faz hermosa.

Vagué en tu busca por el verde otero
en pos de mi ilusión, de tus amores,
y al cabo solo hallé ¡recuerdo fiero!
tu livido cádaver entre flores!
Del rayo herida, sin amores, yerta,
del río estabas en la margen . . . muerta.
Agosto 15 de 1844. — ALEJANDRO RIVERO.

MODAS.



El otoño, la estación mas fecunda en diversiones y partidas de campo, como que en ella la mayor parte de las familias acomodadas de la capital habita las aldeas por gozar de un aire puro y temperamento saludable, es en gran manera apropósito para que desplieguen las elegantes su buen gusto en vestidos y adornos campestres y sencillos; porque la sociedad en el campo casi no difiere de la que vive en la ciudad. Ambas tienen sus caprichos, ambas son tiranizadas por la moda, sin mas diferencia que la segunda se confiesa francamente esclava, y la primera, tan sujeta ó mas que su hermana, pretende hipócrita hacernos creer que ha sacudido el yugo, y que sus ideas y sus costumbres han adquirido con sola su permanencia en el campo un colorido de inocencia y candor pastoril. A persuadirnos semejante cosa conspiran la afectada sencillez en los adornos y la afectada franqueza en los modales; pero por poco conocedor que uno sea, descubrirá al través de un vestido blanco y de una guirnalda de frescas flores, los mismos sentimientos, las mismas ideas de las ciudades.—Son los mismos actores en distinta escena y ejecutando una égloga en lugar de un drama.

Como quiera que sea, para muchos tiene su encanto esta vida mista y á mi entender no carecen de razon. Averiguada cosa es que la mas fecunda vena de la belleza y del placer son los contrastes, y quien podrá dudar que en esta vida se encuentran á millares?—A la misma jóven que por la mañana se vió trepar lijera por las peñas del *Cabrito* (*) en persecucion de una mariposa, ó saltar por el rio de piedra por contemplar de cerca la cascada que con multitud innumerable de líquidas perlas adorna su cabeza, se la vé en la noche reservada y seria bailando en

* Lugar demasiado conocido en San Angel.

un salon con los modales mismos con que pudiera hacerlo en una tertulia de México.—Por la mañana, festiva y lijera como una calandria, inocente y pura como la flor que nace al margen del arroyo.—En la noche, alegría afectada, silencio interrumpido tal vez por algun dicho picante u ofensivo, ó cuando menos conversacion de ciudad y que hubiera caido bien en los palcos de Vergara.—En una y otra situacion la persona era la misma; los sentimientos, el corazon los mismos, la atmósfera en la mañana mas pura, mas de campo; la de la noche mas corrompida, mas de ciudad. Esta ya es una diferencia, otra es el traje.

Insensiblemente me he puesto á reflexionar y á hacer partícipes á mis lectoras de mis reflexiones sin acordarme de que hacia lo que no debe un escritor de modas. La última palabra de mi anterior párrafo, me ha hecho volver al orden y me ha recordado que solo debo indicar los vestidos, las telas, los adornos propios de cada estacion, ser, por decirlo así, un termómetro del gusto, sin meterme á calificarlo y sin hablar sobre todo de los sentimientos y de las personas.

Los dos gallardos y sencillos trajes que presenta nuestro figurin de hoy parecen hechos para el campo. Simplicidad en los adornos y en la forma, es lo que principalmente se les nota.—El primero es de gros tornasol de anchísima falda, decorada con dos holanes guarnecidos estos, como el resto del traje, con un filete de cordon, corpiño abierto y sujeto por delante con jaretas, dejando entrever una pulida camisola de pequeño cuello que cae sobre los hombros y que lleva en su orilla un encaje. Las mangas de este vestido son pequeñas, abiertas y sujetas como el corpiño, y guarnecidas del cordoncillo precitado.

Como quedarían altamente desairados los brazos en unas mangas tan pequeñas y tan anchas como se ha dicho, se ha suplido tal defecto con una nueva belleza. Una manguita blanca un poco estrecha por arriba y al-

Ries. Martinez.



MODAS

go mas ensanchada par abajo, que llega á la mitad del antebrazo y que como el cuello lleva guarnicion de encaje, ha sido el resultado de las cavilaciones de la elegancia parisiense para suplir con un primor nuevo la fealdad que de pronto resultaba.—Tales mangas analogas en mas de un punto á las de campana, se llaman en París á *la religieuse*. Perdóneseme la traduccion, pero creo que pudiéramos aqui llamarles á *la monja*. A propósito de monjas: admirable y extraño me parece que los trajes severos de los claustros hayan servido mas de una vez de modelo á los elegantes de ambos sexos para modificar sus usos, incitados quizá por la pompa y magnificencia que en ellos se percibe; pero sea como fuere, lo cierto es que lo han hecho; y será prevención, mas yo me inclino á creer que han tenido justicia, y aun me parece descubrir en el tosco sayal de un religioso ó en el pomposo y ancho ropaje de una virgen algo de elegancia y buen gusto.—El traje descrito está completado por una ligera capota de gros blanco plegada y adornada con flores.

La segunda figura presenta un modelo de vestido escocés de una simplicidad y elegancia tales que ha obtenido en París el mes de Junio último el mas completo triunfo.—Su inmenso holan terminado con onditas y sujeto á la mitad de la falda, por una doble guarnicion tan bien ondeada y las dos vueltas de a parte superior del cuerpo, producen un efecto

te muy agradable; pero lo que hay en él mas elegante y digno de atencion, son las mangas que bajan angostas hasta la mitad del brazo sobre un viso blanco bordado y guarnecido en su orilla, que á su vez deja tambien un intervalo entre su estremidad y la del guante para que pueda verse un torneado y primoroso brazo sujeto con algun canchales.—Las mangas se llaman á *la Isabela*.

El peinado, absolutamente campestre, consiste en hacer bajar el fleco sobre las orejas, cubriéndolas y quedando perfectamente alisado el cabello.—Cuando se lleva de esta manera se dice que se lleva en *bandeaux*. Por detras se divide en dos trenzas que se enredan al rededor de la cabeza, quedando en el centro dos *castañas*; y algunas flores es de rigor que terminen el tocado. En efecto ¡que cosa mas natural que peinados y ramos de flores para acompañar á los vestidos de campo?

Las telas preferidas hoy son las muselinas, las *tarlatanas*, los *barégés*, y algunas otras; advirtiéndose en todas poca complicacion en el dibujo y suma ligereza. El ya abundante repertorio de géneros y adornos de nuestra colaboradora madama Gourguet, (*) ha recibido últimamente considerable aumento con nuevos objetos llegados de París, y su pericia, demasiado notoria á las elegantes mexicanas, la hace cada dia mas acreedora al aprecio de la gente de buen tono.—QUERUBIN.

* Correo de Modas calle 2.ª de Plateros núm. 2.

SHAKESPEARE.

ANALISIS DE SU DRAMA INTITULADO

MACBETH.



O me propongo ciertamente por objeto el panegirico de Shakspeare al escribir estos cuantos renglones; pues grandes ingenios lo han hecho antes que yo, y mi débil voz nada podia añadir á lo que ya se ha dicho en elogio del bardo immortal, gloria de

Tom. II.

Inglaterra. La grande aficion que profeso á la literatura de aquel pais y el ardiente deseo que siempre me ha animado de darla á conocer á mis compatriotas han sido los motivos á que debe su origen este artículo en que trataré de dar alguna idea de uno de los mas elogiados dramas de Shakspeare; á saber Macbeth.

Pintar un hombre valiente y de buen corazon victima de las tentaciones de una ambicion desordenada: pintar la lucha entre sus buenas cualidades y esa misma ambicion, parto de una influencia sobrenatural, pintar una muger, ó mas bien un aborto del infierno que poniendo á Macbeth en la senda del crimen, le ayuda á recorrerla en toda su estension, y despues sucumbe bajo el peso de sus remordimientos; tal es el cuadro terrible y eminentemente moral que se propuso el autor.

Pero ¿con que maestria lo ha desempeñado! ¿que exactitud en los caracteres! ¿que verdad en el colorido! ¿que profundo conocimiento del corazon humano fué sin duda necesario, para producir una obra tan completa!

El drama comienza por la aparicion de tres hechiceras, seres viles y amantes del mal, que no tienen mas complacencia que dañar á los hombres en todo cuanto pueden, cumpliendo de esta manera las condiciones del pacto que han hecho con los espiritus infernales. De su diálogo se infiere que esperan á Macbeth y este nos interesa desde luego. ¿Qué objeto pueden tener en buscarle? Inmediatamente nos suponen un hombre virtuoso, y por las oscuras palabras que se escapan de los inmundos labios de las brujas: entrevenemos que alguna conspiracion, alguna trama infernal se prepara contra él.

La segunda escena nos le da á conocer; no tan solo es virtuoso como nos lo habiamos imaginado, sino que en aquel momento acaba de afirmarse con una grande victoria el trono de su soberano. Los rasgos con que describen su valor, nos hacen mirarle como un héroe. El rey comienza á premiar sus buenos servicios por conferirle el (1) *thanado* de Cawdor, patrimonio de un noble rebelde á quien manda decapitar, y esta circunstancia ignora da por entonces de Macbeth; una de las que mas influyen en la pérdida de sus buenas prendas.

Las brujas aparecen por segunda vez. Nuestro corazon palpita por ver cual sea el objeto de aquella entrevista que con tanto abinco buscan con el general triunfante que ya nos interesa por su valor y lealtad.

Una danza mágica y misteriosa precede la llegada de Macbeth. Este se presenta en union de Banquo, su compañero en el mando.

Permitaseme traducir la escena, porque aparte de que á mi entender no carece de belleza, de ella depende todo el artificio del drama.

Macbeth. „Hablad si es que podeis. ¿Quien sois?

1.ª hechicera. „Salud Macbeth! Salud, thane de Glamis!”

2.ª hechicera. „Salud Macbeth! Salud, thane de Cawdor!”

3.ª hechicera. „Salud, Macbeth! Serás rey!”

El veneno comienza á destilar en el corazon de Macbeth. Tiembla y Banquo le pregunta „¿por que temblais? ¿por que parece que tenéis „predicciones tan albagieñas?” Ah! este temblor, esta agitacion repentina, ¿no puede interpretarse muy bien, como la agonía de sus buenas inclinaciones? Fácil es dar cabida á vicio y una vez admitido nos arrastrará de uno á otro crimen con la fuerza y velocidad de un torrente. El general victorioso cubierto de gloria, está cabizbajo . . . tiembla.

¿Que pensamiento, que tentacion horrible le habrá venido á asaltar? Lo han dicho que será rey.

Banquo, dudoso de la verdad de aquellas predicciones, desea sin embargo saber de las brujas cual será su suerte futura. He aquí la respuesta.

1.ª hech. „Salud”

2.ª — „Salud”

3.ª — „Salud”

1.ª — „Inferior á Macbeth, y sin embargo „mas grande que él”

2.ª — „Menos dichoso, y no obstante mucho „mas dichoso!”

3.ª — „Tus descendientes serán reyes, aunque tú no lo seas: salud, pues, Macbeth y Banquo.”

1.ª — „Banquo y Macbeth, salud!”

Macbeth.—Deteneos, profetisas oscuras, decidme aun mas; sé que por la muerte de Sinal soy thane de Glamis; ¿mas como puedo ser thane de Cawdor? El thane de Cawdor está sano y salvo y tan increíble es que yo lo sea, como que llegue á ser rey. Decidme de donde habeis adquirido noticias tan estrañas? ¿para qué me deteneis en este yermo para saludarme con esos anuncios fatidicos? Hablad, yo os lo mando. [Las brujas desaparecen].

Banquo.—La tierra tiene sus burbujas lo mismo que el agua, y estas lo son.—¿En donde se han desvanecido?

Macbeth.—En el aire; y seres que creiamos corpóreos, se han disuelto como un soplo en el viento; ojalá y se hubieran quedado.

Banquo.—Pero ¿es cierto que estuvieron aquí las criaturas de que hablamos? ¿á habrémos

por ventura gustado de la raiz venenosa que cautiva la razon?

Macbeth.—Vuestros descendientes serán reyes. ¿Qué respuesta!

Banquo.—Seréis rey vos mismo.

Macbeth.—Y thane de Cawdor? No es eso lo que dijeron!

Banquo.—Cabalmente. ¿Mas quién viene hácia nosotros?

Dos comisionados del rey de Escocia (Ross y Angus) vienen á dar á Macbeth las gracias por la victoria que ha obtenido sobre los Noruegos, y á anunciarle como preludio de la munificencia real su accesion al thanado de Cawdor. El lo duda y hace presente que el thane de Cawdor vive aun y que este título no le puede convenir por la misma razon.

Desvanecen su duda participándole que Cawdor, convencido del crimen de alta traicion va á perecer en un cadalso.

Macbeth.—(aparte) Thane de Glamis, y thane de Cawdor . . . falta el título mas imponente. [A Ross y Angus] Yo os agradezco la molestia que os habeis tomado (á Banquo) ¿no esperais ¡que vuestros hijos sean reyes, una vez que esto os fué vaticinado por las mismas que me anunciaron el thanado de Cawdor?

Banquo.—Abrigando demasiado esa idea no os satisfará el thanado, y elevareis vuestras miras hasta la corona. Muchas veces los genios de las tinieblas nos dicen verdades para conducirnos á nuestra ruina; nos ganan con frioleras irreprehensibles, para arrastrarnos despues á las consecuencias mas funestas.—[A Ross y Angus] Primos; hacedme favor de escucharme un momento.

Macbeth.—(aparte) Dos verdades se han dicho que sirven como de prólogo al drama progresivo que tiene el trono por objeto. (á R. y A) Gracias caballeros.—Esta advertencia sobrenatural no puede ser buena; no puede ser mala. Si es mala, ¿porqué me ha dado una prueba de que he de triunfar, comenzando por una verdad? Soy thane de Cawdor.—Si es

buena, ¿porqué cedo á la tentacion, cuya horrible imagen criza mis cabellos, y desquiciando mi firme corazon, lo hace golpear mi pecho de un modo tan ágeno de su movimiento natural? La presencia del objeto temido es menos espantosa que las criaturas horribles de la imaginacion. Mi pensamiento en que solo flota el asesinato como una fantasma, sacude mi natural inocente de tal manera, que sus funciones se encuentran sofocadas por los presentimientos; y nada existe para mi mas que lo que todavía no aparece en el número de los seres.

Este trozo es bellísimo. Macbeth, reflexiona primeramente sobre lo verídico del vaticinio de las brujas con respecto á los thanados de Glamis y Cawdor. La tercera profesion se le viene á la imaginacion. Teme que conozcan cuanto le inmuta aquella idea, y volviéndose de nuevo á Ross y Angus les da las gracias. Pero ¿de que modo! ¿Como dirige la palabra á sus iguales! ¿Cuan superior á ellos se juzga ya! Debemos convenir en que rasgos como estos, solo se encuentran en un Shakspeare. El resto se recomienda por sí solo. Nada podía yo decir capaz de realzar su mérito.

En la escena siguiente Macbeth se presenta á Duncan, este le hace presente su reconocimiento, participa á sus nobles que ha nombrado heredero á su hijo mayor, confiándole el título de principe de Cumberland, y anuncia al nuevo thane de Cawdor, que para mas estrechar los vinculos que ya los unen, se prepara á hacerle una visita en su castillo. Macbeth al oír el nombramiento del principe de Cumberland exclama: „¿Principe de Cumberland!—He aquí un escalón que debo saltar, so pena de caer sobre él, porque está sobre mi senda. Estrellas, ocultad vuestros fuegos; que la luz no penetre mis profundos y tenebrosos deseos; que los ojos no vean las manos: pero que sin embargo se haga lo que los ojos temerán ver despues de cumplido.”



CARTA NOVENA SOBRE MÉXICO

POR

MAÑANA CABDERON DE LA BARCA.

Visitas de Españoles.—Visita del presidente.—Averiguacion.—Traje de Poblana.—Bernardo el Matador.—Funcion extraordinaria de toros.—Plaza de toros.—Fuegos artificiales.—Retrato de C—n.—Baile de Fantasia.—Trajes.—Traje de las Patronas.—Belleza en México.—Visita del médico.—Tarjetas para dar parte de casa.—Marquesa de San Roman.—Traje de visitas de etiqueta por la mañana.—Conatos de robo.—Asesinato de un cónsul.—La Güera Rodriguez.—El Dr. Plan.—Mr. de Humboldt.—Anécdota.—Antiguas costumbres.

5 DE ENERO.



AYER domingo, día en que se hacen aquí muchas visitas despues de misa, pasó ya. Tuvimos en casa una numerosa concurrencia de españoles, todos los cuales estaban ansiosos de saber si por fin tenia yo ánimo de asistir al baile de fantasia vestida de poblana, sobre cuyo particular manifestaban un interés extraordinario. Dos señoritas, ó tal vez mugeres comunes de Puebla, que fueron presentadas por el señor—vinieron á ofrecirme sus servicios y darme todos los pormenores necesarios. En efecto, aderezaron el cabello á Josefa, que es una chiquilla mexicana, para hacerme ver como debía quedar el mio; ademas, recordaron varias cosas que aun me faltan y me dijeron que todo el mundo se alegraba mucho de saber que iba yo á vestirme de poblana. No dejó de sorprenderme que *todo el mundo* se tome el trabajo de pensar en esto. Serian las doce cuando el presidente, de riguroso uniforme y acompañado de sus ayudantes, vino á hacerme una visita, en la que estubo una media hora, con su amabilidad acostumbrada. Poco despues entraron nuevas visitas y justamente cuando suponiamos que habian terminado y pensábamos en comer, se nos dijo que estaban en la sala el secretario de Estado, los ministros de la guerra y el interior, juntamente con otras personas.

¿Cuál os parece que era el fin de su venida? Conjurarme por cuanto hay de mas alarmante, á desechar la idea de comparecer en publico con traje de poblana! Nos aseguraron que las poblanas, generalmente hablando, *son femmes de ricop*, que no usan medias, y en suma, que la esposa del ministro español, ni una noche siquiera, debía ponerse semejante vestido. Saqué mis atavíos, les hice ver su longitud y su decencia, pero todo en vano, porque, á decir verdad, no cabía duda en que ellos tenían razon y solo por bondad podian tomarse este trabajo; así que, cedi con docilidad y di gracias al consejo de gabinete por su oportuna advertencia, aunque temiendo que en esta tierra de morosidad seria difícil conseguir un nuevo traje para el baile de fantasia; pues habéis de saber que nuestro equipaje anda todavía sacudiéndose en los lomos de las mulas que lo conducen de Veracruz á la capital. Apenas se habian ido los susodichos, cuando el señor—traje recado de varias señoras principales, á quienes no conocemos aún, por medio del cual me informaban, por ser yo estrangera, de las razones que hay para no poder usar aquí el traje de las poblanas, especialmente en una funcion pública como ha de ser el baile. Yo quedé verdaderamente agradecida por haber escapado de este modo.

Estaba yo vistiéndome para ir á la mesa, cuando trageron una esquelá con la nota de

resercada y cuyo contenido me pareció mas singular que agradable. Posteriormente he oido decir que el sujeto que la escribió, D. José Arnaiz, es un viejo raro, que interviene en todo, impóctete ó no. La traduciré en vuestro obsequio.

„El traje de poblana es el de una muger perdida. La esposa del ministro español, es una señora en toda la extension de la palabra.—Por grande que sea el compromiso que haya contraido no debe adoptar dicho traje ni llevar otro que el que la corresponde.—Esto dice al señor de C—n, José Arnaiz, quien le estima todo lo posible.”

Dia 6.—Esta mañana temprano, por ser hoy el dia destinado para la *funcion extraordinaria de toros*, se pusieron avisos, segun entiendo, en todas las esquinas, en los cuales se anuncia dicha fiesta, y están adornados con el retrato de C—n! El conde de C—a llegó poco despues del almuerzo, acompañado de Bernardo el primer matador, á quien trajo para presentarnos.—Os envío el convite impreso en raso blanco con su encaje de plata y sus borlas para que veáis cuan primorosamente saben hacer aquí semejantes cosas. El matador es un hombre bien parecido, y aunque parece pesado dicen que es ligero y diestro. Mañana os haré una reseña de mi *primera corrida de toros*.

Dia 7.—Ayer por la tarde se temió mucho que lloviese lo cual habria hecho diferir la fiesta; se despejó no obstante la atmósfera y los pobres toros ignoraban cuan ligado estaba su destino con las nubes. Se nos tenia preparado un palco alfombrado y con una araña de plata, pero fuimos con nuestras amigas las C—as al inmediato. La escena, para mi especialmente, que no he visto la magnificencia de la plaza de Madrid, era animada y brillante en grado eminente. Figuras un anfiteatro inmenso con cuatro grandes andanas de palcos; enfrente, una série de asientos descubiertos y todo ocupado por una muchedumbre tal, que estaria la gente sofocada. Estaban los palcos llenos de señoras vestidas de toda gala y los asientos inferiores de entusiastas concurrentes con trajes de vistosos colores; dos bandadas militares ejecutaban hermosas piezas de música sacadas de las óperas; habia una variedad extraordinaria de brillantes trajes, todo esto debajo de un cielo enteramente azul. Señoras, campesinos y oficiales de todo uniforme; figuras esto, y podréis concebir que este conjunto debe haber sido muy vario y curioso.

Un toque de cornetas anunció, á cosa de las

seis y media, la llegada del presidente, quien vino de uniforme con su estado mayor y tomó asiento al son de *guerra, guerra! Ibeltici trombe!* A poco rato los matadores y picadores, á caballo estos y aquellos á pié, se presentaron en la plaza saludando en todas direcciones y fueron recibidos con gritos de alegría.

El vestido de Bernardo, azul y plata, era soberbio, y le costó quinientos pesos. Dióse la señal, se abrieron las puertas y saltó un toro al circo, que no era grande ni parecia feroz como los de España, sino pequeño, irritado, bravo y de un mirar inquieto.

La primera actitud del toro al entrar es soberana.—La Pasta en su Medea no la aventajó. Entretanto matadores y banderilleros llamaron al toro, agitando sus bandas de diversos colores y le picaban los de á caballo con sus lanzas. Se abalanzó el animal contra los primeros y aventó por alto las bandas que le arrojaron, mientras que ellos salvaban la valla—se dirigió luego sobre los picadores, pinchando con las astas á los caballos, de modo que algunos de estos rodaron por el polvo con sus ginetes respectivos; mas levantábase ambos y recobraban instantáneamente el equilibrio, en cuya operacion no hay tiempo que perder. Luego arrojan cohetes y petardos adornados de listones que enredados en los cuernos del animal y sacudiendo este la cabeza le hacian quedar envuelto en llamas. Algunas veces agarraba el picador la cola del toro y pasándola por debajo de su propia pierna derecha, volvía las riendas á su caballo para forzar al bruto á galopar hacia otras y le derribaba de cabeza (1).

Enfurecido con el dolor, arrojando torrentes de sangre, y con el cuerpo cubierto de saetas y cohetes, galopaba el toro al rededor del circo, echándose ciegamente sobre hombres y caballos y procurando frecuentemente salvar la barrera; pero era rechazado con los sombreros y los gritos de la multitud. Cuando estaba de esta manera encorralado, vino el matador y le dió el golpe mortal, lo cual es visto como una especial prueba de destreza. Paróse el toro, como si sintiese que se le habia llegado su hora, dió al aire algunas embestidas y cayó; diéronle allí el último golpe y quedó muerto.—Sonaron en seguida las trompetas y se dejó oír la música; entraron luego á galope cuatro caballos unidos á un yugo, al cual fué atado el toro y velozmente llevado

(1) Esto se llama *colear* en la *Calderon*.

fuera de la plaza. Esta última parte produjo en mí un hermoso efecto, pues me recordó los sacrificios de los romanos. De la manera que he dicho antes se hicieron morir ocho toros mas. La escena es hermosa y divierte la destreza; mas las heridas que se dan al toro y los tormentos que se le hacen pasar repugnan demasiado; y como aquí se le tronchan las puntas de los cuernos, simpaliza uno mas con el animal que con sus adversarios. No puede ser bueno el acostumbrar á un pueblo á tan sangrientos espectáculos.

Séame licito, no obstante, confesar que aunque al principio me tapé los ojos y no osaba mirar, me fui poco á poco interesando tanto en la escena que no pude luego apartar de ella la vista, y ahora me es fácil comprender el placer que disfrutan en tan bárbaras diversiones aquellos que están acostumbrados á ellas desde la niñez.

Habiendo terminado la pelea en medio de fuertes y prolongados gritos de la muchedumbre, se prendió un árbol de fuego, y en medio de una llama de colores aparecieron, primeramente las armas de la república, la águila y el nopal; y encima un retrato de C—n de tamaño natural, en que se le representaba con uniforme azul y plata. El águila vino á tierra con un estallido, mientras aquel permaneció ardiendo brillantemente é iluminado por fuegos artificiales, en medio de tremendos gritos y aclamaciones. Así terminó la *funcion extraordinaria*, y cuando todo hubo pasado fuimos á comer en casa de la condesa de C—a, donde tuvimos música en la noche y regresamos á casa medianamente cansados.

Día 10.—Ayer noche se dió el baile de fantasía en el teatro, y aunque desde el día de la funcion de toros he tenido que estarme encerrada en mi cuartito á consecuencia de una indisposicion proveniente del cambio de temperatura ó de la humedad de la casa, habiéndome visto obligada tambien á no aceptar una invitacion á comer en casa del ministro inglés, me pareció con todo que debía asistir al baile. Habiendo desechado el traje de las casquivanas de Puebla, adopté el de las virtuosas contadinas romanas, que es bastante sencillo para poder surtirlo en un solo día; un túnico blanco, cotilla encarnada con listas azules, y un velc de encaje puesto en cuadro sobre la espalda; á este propósito debo decirles que es muy comun entre las indias llevar un pedazo de género doblado en cuadro y colocado sobre la cabeza, segun esa moda italiana, y como no está atado

no puedo concebir como pueden trotar sin que se les caiga.

Como á las once nos fuimos al teatro, y aunque á la entrada habia muchísimos coches, todo estaba quieto y en órden. Al primer golpe de vista que dimos al entrar al salon nos pareció aquello por extremo alegre y muy divertido ciertamente. El baile dado á beneficio de los pobres, estaba bajo la proteccion de las señoras C—a, G—a, Gusr—a, y otras; mas tal era la santidad y mal estado en que el teatro se hallaba antes, que para dejarlo puesto con decencia, habian gastado casi todos los productos. Las disposiciones fueron muy acertadas si se considera como estuvo aquella noche y las varias dificultades que se presentaron. Hermosos candiles habian ocupado el lugar de los faroles con sus velas de sebo, el frente de los palcos estaba adornado de lucentes colgaduras de seda y un dosel de lo mismo en forma de pabellon cubria toda la sala. La orquesta era tambien medianamente buena. Los palcos estaban llenos de señoras, que presentaban una sucesion interminable de chales de crespon de China de todas clases y colores y una serie monótona de pendientes de brillantes, mientras que en el teatro mismo se echaba de ver un conjunto que cual ninguno otro merecia el nombre de baile de fantasía. Muy abundante era por cierto el surtido de aldeanas suizas, escocesas y todo género de aldeanos, como tambien el de turcos, montañeses y hombres vestidos con el traje comun. Siendo público el baile no era por consiguiente selecto, así es que entre muchas personas bien vestidas, habia centenares, que sin haber adoptado un traje característico, se habian calentado la cabeza por aparecer fantásticas y lo habian conseguido. Una, por ejemplo, tenia unas nagüillas de raso color de escarlata y encima una tunicela tambien de raso color de rosa con moños de color carmesí. Otra señora tenia un vestido corto de raso azul, debajo del cual llevaba un hermoso zagalejo color de púrpura y todo guarnecido de moños amarillos. Parecían los signos del Zodiaco. Viejas, jóvenes é intermedias, todas tenian diamantes y perlas, aun las muchas niñas que allí habia.

Las patronas del baile estaban vestidas con mucha elegancia.—La señora de Gu—a llevaba un peinado en forma de red, enteramente compuesto de gruesas perlas y diamantes que por sí solos valian un caudal. La señora de C—a iba vestida de madama de la Vallière, con traje de terciopelo negro y con diamantes; es-

taba bonita, como siempre, pero el frio que allí hacia la obligó á envolverse en pieles y boas, con que cubrió su vestido. La señora de G—a iba de Maria Estuarda con vestido de terciopelo negro y perlas, con un soberbio collar de brillantes, y estaba por extremo hermosa; llevaba un gorro introducido aqui por la Albini en el papel de la reina de Escocia, que si bien es gracioso, dista mucho de la gentil sencillez del verdadero gorro de la reina Maria.—Tal parecia que ella habia llegado á la primavera de su edad sin haber estado en Fotheringay.

Varias damas me fueron presentadas que solamente esperan recibir las targetas en que damos parte de nuestra llegada para venir á visitarnos. Los mejores vestidos que noté entre las jóvenes son los de las señoritas de F—d, una de las cuales es hermosa, y tenia figura y cara de aldeana española; la otra es mucho mas graciosa y viva, aunque en realidad menos hermosa. Estaban sin embargo en los palcos tantas señoras del gran tono, que segun me informan, no es esta una buena oportunidad para juzgar de la belleza ni el modo de vestirse de las mexicanas; ademas de que como estos bailes de fantasía no son frecuentes, acaso estarian ellas mejor con sus trajes de costumbre. Generalmente hablando, pocas eran las hermosuras que llamaban la atencion; noté tambien poca gracia, y contadas eran las que bailaban bien. Habia demasiado raso y terciopelo y los trajes estaban recargados. Aunque los brillantes eran magníficos, habia muchos mal montados. Los vestidos, si se comparan con la moda actual eran extremadamente altos, y los piés que naturalmente son pequeños estaban embutidos en zapatos mas pequeños todavía, lo cual destruye la gracia que podian tener las señoras, ya sea andando, ya al bailar.

Vi muchos ojos soberbios, manos y brazos primorosos, que podian servir á un escultor de perfectos modelos, con especialidad las manos; pero en cuanto á la tez y á los colores pocos habia buenos.

Hicieronme reparar en un joven, que segun se creia, iba vestido de escorés, ¿Cómo deseaba yo en aquel momento que Sir William Cumming, Macleod de Macleod ó algun verdadero cabecilla montañés, pudiese haber aparecido repentinamente para anonadarle y hacer ver á la gente de aqui cuál es el verdadero traje. Varias desdichadas niñas que allí habia estaban envueltas en largos túnicos de raso ó terciopelo cubiertos de blonda y pedrería y con flores artificiales en la cabeza.

En el salon hacia un frio excesivo y el anti-guo fotor del teatro no se habia disipado enteramente, ni creo, á decir la verdad, que fueran poderosos á extinguirlo todos los perfumes de la Arabia. Despues de haber discurrido en varias direcciones y admirado los diversos trajes de fantasía, me sentí casi helada, por lo que me encamé al palco de la condesa de C—a, situado en la primera andana, y allí me envolví en una capa. Me hicieron ver desde aquel sitio á las personas de mas distincion que habia en los palcos, entre otras á la familia de las E—s, quienes parecen ser muy hermosas, tienen muy buenos colores y bonitas dentaduras. Permanecimos en el teatro hasta las tres de la mañana y rehusamos cuantos refrescos se nos ofrecieron, bien que una taza de chocolate caliente no hubiera estado por demas. Habia allí que cenar, aunque, segun creo, solo los caballeros se acercaron á hacerlo. Al salir tuve la satisfaccion de ver á muchísimas damas del brazo de sus respectivos caballeros, que á pesar de hallarse primorosamente ataviadas, se detenian al pié de los quinqués para encender un cigarrillo. ¡Qué frescas y bonitas parecian!

Día 16.—Casi una semana he pasado algo acalenturada, y con escalofrio.—Fui visitada por un médico del país, que me debe el concepto de ser la criatura mas inocente que es dable imaginarse. Pulsábame diariamente y recetaba una pequeña dosis de alguna mistura incapaz de dañar. Pero lo que me daba especialmente era una leccion de urbanidad en la conversacion. Todos los días teniamos el siguiente diálogo, cuando se ponía en pié para despedirse.

—Señorita, [esto era junto á la cama] estoy á la órden de V.

—„Muchas gracias, señor.”

—„Señorita (esto ya al pié de la cama) conozcáme vd. por su mas rendido servidor.”

—„Buenos días, señor.”

—„Señora (aquí hizo alto junto á una mesa) beso á vd. los piés.”

—„Señor, beso á vd. la mano.”

—„Señorita (cerca de la puerta) mi pobre casa, y cuanto hay en ella, yo mismo aunque inútil, todo lo que tengo está á la disposicion de vd.”

—„Mil gracias, señor.”

Se volteó para abrir la puerta y volviéndose á mí de nuevo al salir:

—„Adios señora, soy eriado de vd.

—„Adios, señor.”

Saló por fin, pero entreabriendo la puerta y asomando la cabeza:

—¡Felices días, señorita.

Tan prolongada serie de cumplidos entre paciente y doctor, que tal parece que indica se separan con cierto „*dulce pusar*” (*Sweet Sorrow*) pienso yo que es un tanto fuera de sazón.

Tienen aquí por mas cortesano decir *señorita* que *señora*, aun cuando se hable con mugeres casadas, y la dueña de la casa es generalmente llamada por los criados—„La niña” aunque sea octogenaria. Esto último es aun mas comun en la Habana, en donde las negras viejas, que siempre han vivido en la misma familia y están habituadas á llamar por ese nombre á sus amas jóvenes, no dejan nunca de dárselos, sea cual fuere la edad de estas.

He recibido un paquete de cartas cuya lectura me ha aprovechado mas que las visitas del viejo doctor.—Ayer partió el capitán, y se encargó de un cajón de chocolate adornado con varias figuras, como tambien de algunos dulces curiosos para vd. Las targetas en que damos á los mexicanos la noticia algo atrasada de nuestro arribo, fueron repartidas hace algunos dias. Copió una de ellas para que tenga vd. una muestra del estilo, que habla con todo el mundo á manera de anuncio de una nueva tienda, en que se avisa que Don N. fabrica peluquines, corta el pelo ect. ect. y que Doña N. lava encaje y cose ropa fina.

„Don A.—C.—de la B, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de S. M. C. cerca de la república mexicana; y su esposa D.ª F.—E.—C.—de la B, participan á vd. su llegada á esta capital y se ofrecen á su disposición en la Plaza de Buenavista núm. 2.”

Dia 18. Durante estos últimos dias ha estado nuestra casa llena de visitas, y apenas está acostumbrada ni vista al lujo de brillantes, perlas, rasos, sedas, terciopelos y blondas con que han venido ataviadas las señoras á hacer sus primeras visitas de etiqueta. Mencionaré aqui, en nuestro obsequio, algunos de los trages, no porque sean de mas lujo que los otros sino porque los tengo mas presentes.—La marquesa de San Roman, senora de bastante edad que ha viajado por Europa y que se distingue por su talento é instruccion, tiene la gran cruz de María Luisa de España, descendiendo de una noble familia veneciana y es tia del duque de Canizaro. Su vestido era túnico de

riquísimo terciopelo de Génova, mantilla negra de blonda y un magnífico aderezo de brillantes. Parece que esta dama es de salud muy delicada. Ella y sus contemporaneas, últimas reliquias de la época virreinal, van marchitándose con suma rapidez. En su lugar ha brotado una nueva generacion, cuyo aspecto y modales tienen poco de la antigua corte y consiste principalmente, segun se dice, en mugeres de militares hijos de la revolucion, ignorantes y llenos de pretensiones como son siempre esos *parvenus* que no por su mérito sino por casualidad se han elevado. Continúo mi lista por el estilo del diario de la corte.

La condesa de S.—o. Túnico de blonda negro, con fondo de rico raso violeta, mantilla negra tambien de blonda, pendientes de brillantes, cinco ó seis broches de brillantes grandes con que estaba prendida la mantilla, sarta de gruesas perlas y *serigné* de diamantes. La Sra. S.—Fondo de raso blanco, túnico blanco de encaje, mantilla de lo mismo, perlas, brillantes y zapatos de raso blanco.... Madama S.—r., túnico de terciopelo negro, mantilla blanca de encaje, perlas, brillantes, manga corta y zapatos de raso blanco. La Sra. de A.—d, túnico de raso color de tierra, mantilla negra de blonda y brillantes y zapatos de raso negro.

La Sra. B.—a, esposa de un general sumamente rico y que tiene la mas hermosa casa de México.—Vestido de terciopelo púrpura, todo bordado de flores de seda blanca, manga corta y corpiño bordado, media calada, y zapatos de raso blanco, guarnicion realizada de Mechlin que salia por debajo del vestido de terciopelo que era corto. Mantilla de blonda negra, prendida con tres broches de brillantes; collar de brillantes de inmenso valor y hermosamente montados. Sarta de calabacillas, valuada en veinte mil pesos, sévigné de brillantes. Cadena de oro que daba tres vueltas al cuello, y llegaba á las rodillas. En cada dedo dos sortijas de brillantes á manera de pequeños relojes. Como ningun traje era igualmente magnífico, concluyo con el de esta señora mi descripcion, observando solamente que ninguna mexicana me ha pagado hasta ahora su primera visita de mañana sin traer brillantes. Pocas oportunidades tienen para lucir sus alhajas, asi es que á no ser con ocasion de semejantes visitas de etiqueta, se quedarían encerradas en sus cajas, disipando sus serenos rayos en la obscuridad.

Hicieron anoche un esfuerzo para meterse en casa, pero nuestro hermoso perrito Hércules *bull-dog* que nos regaló el Sr. A.—d, defendió tan bien su puesto y ladró con tal furia que los criados despertaron, incluso el portero que tiene un sueño mas macizo que los demas. Los ladrones se escaparon sin hacer otro daño que herir gravemente una pata al pobre animal, lo que por ahora le tiene enteramente cojo.

Con motivo de este acontecimiento acabo de oír contar los pormenores de un asesinato muy cruel que se perpetró no hace mucho en estas cercanias, en la persona de Mr. M.—cónsul de Suiza, que ademas era traficante en pieles. Habiendo despachado cierta mañana á su portero para que ejecutase algun encargo, paró á la puerta de la casa un coche, del que bajaron tres caballeros que, presentándose á Mr. M.—le dijeron iban á verse con él para asuntos de comercio. Les suplico pasasen adentro y en efecto entraron un general vestido de uniforme, otro oficial mas jóven y un fraile. Quiso Mr. M.—saber el objeto de su venida y agarrándole súbitamente el general, mientras los otros iban á asegurar la puerta, e xclamó „no hemos venido á ver los efectos de vd., queremos su dinero”. Aterrado el pobre hombre al conocer la clase de parroquianos que tenia delante, les aseguró que era poco el dinero que en su casa habia y procedió al instante á abrir y vaciar la gabela en que lo guardaba, viéndose que en efecto era la despreciable suma de unos cuantos centenares de pesos. Preparábase los malhechores á partir, asi que vieron que realmente no tenia el consul mas dinero que daries, pero el fraile dijo—„Debenos matarle si no queremos que nos reconozca.” „No”, contestaron los oficiales, déjalo y vé; no hay peligro”, „allá voy pues.” repuso el fraile, y volviéndose al cónsul, le clavó un puñal hasta el corazon; luego entraron los tres en el coche y se alejaron con velocidad. El portero, que volvió á casa pocos minutos despues, encontró á su amo bañado en sangre y fué corriendo á una casa de juego inmediata á dar

la voz de alarma; varios caballeros corrieron á auxiliar al cónsul pero murió una hora despues ya que hubo dado todas las señas de agotamiento y aspecto de sus asesinos, asi como las del coche en que vinieron. Por ellas fueron descubiertos poco tiempo despues, y merced á la energía del gobernador, que entonces lo era el conde de C.—a, fueron apresados y colgados de unos árboles que están en frente

de nuestra habitacion, juntamente con un verdadero coronel mexicano que bondadosamente habia prestado su coche á los malvados para aquel acto. Es rara la vez que el crimen recibe aqui un castigo tan pronto.

Nuestro amigo el conde de C.—a, cuando fué gobernador de México, consiguió celebridad por su energía en el *persecuimiento de los ladrones*, como aqui se dice. Cuéntase que en cierta ocasion le cegó un tanto su celo. Habiéndose cometido en la ciudad diversos robos, le indicó el gobierno que la fuga de los criminales era vista por ellos como una prueba de que se habia entibiado su celo en el servicio público. Cabalgando por las calles algunos dias despues, columbró á un ladrón muy conocido, quien luego que echó de ver que era observado, comenzó á correr por otra calle con la velocidad de una flecha.—Le persiguió el gobernador á caballo; el ladrón se apresuró á llegar á la plaza y logró entrar en el santuario de la catedral. Tras él entró el conde á galope y le arrancó de junto al altar donde se habia guarecido.

Ya se supone que esta profanacion de la santidad del templo fué severamente reprendida, pero, como decía el gobernador, no podia ya acusarle de falta de celo en el cumplimiento de su deber.

Tomó de portero al capitán de una cuadrilla de bandoleros, ordenándole que constantemente permaneciese en la puerta y atrapase á cualquiera de sus antiguos compañeros que pasara por alli, pues su perdon dependia de la conducta que observara en el particular. Yendo á caballo un dia el gobernador con direccion á su hacienda, en reunion de su señora y acompañados del susodicho que iba en calidad de criado, fueron alzados por un mensajero que dijo al conde que se desaba que volviese á México para un asunto grave y urgente. Se acercaba la noche, pero el conde confiando en el honor del ladrón, le mandó acompañar á su esposa hasta la hacienda y ella sola á caballo con su sospechoso conductor, hizo la jornada sin tener novedad.

Antes de terminar esta carta debo decirlo que tuve esta mañana de visita á una persona muy notable, perfectamente conocida aqui bajo el nombre de la *Guerra Rodriguez*, es decir, la rubia, de quien dicen que hace muchos años fué celebrada por Humboldt como la muger mas hermosa que en todo el curso de sus viajes habia visto. Considerando el tiempo transcurrido desde que ese distinguido viaje-